

Transmisión en femenino

Si pudiésemos considerar una piedra fundamental alrededor de la cual se fue edificando la teoría psicoanalítica, esta se podría situar en el encuentro del joven Freud con el relato de aquellas mujeres de los primeros historiales

En ese hablar que Freud transmite en aquellos primeros textos, da cuenta que sus herramientas de la teoría neurológica no alcanzaban a explicar la fenomenología de la histeria, y afronta el trazado de una nueva vía, distinta e inédita, para el paradigma científico y las costumbres burguesas de su época.

Fue el inicio del recorrido de un trabajo de investigación que lo llevará a desarrollar cuestiones igual de innovadoras para su tiempo: A partir de la publicación de “3 ensayos de teoría sexual”, Freud revoluciona el concepto de sexualidad, entendiéndola como una entidad independiente del sexo anatómico.

La disposición a la bisexualidad constitucional será la base para plantear la dificultad para producir un saber sobre el sexo, pero no será la única. Un vasto y extenso desarrollo de la teoría, lo llevará a trabajar alrededor del mito de Edipo para intentar bordear el enigma de la sexualidad humana, avanzando a partir de la noción de libido como la fuerza pulsional de la vida sexual, gobernada por la polaridad activo / pasivo.

Tal como lo nombra Lacan en “La significación del falo”, de lo que se trata no es de un desarreglo contingente, sino esencial de la sexualidad humana, la cual resulta irreductible a datos biológicos.

Sabemos que es a través del trabajo en “La sexualidad femenina” y la conferencia XXXIII “La feminidad” que Freud desplegará lo concerniente al enigma de la feminidad, a través de la historia del desarrollo de un camino libidinal.

Sin embargo, lo que me interesa remarcar, es que en estos textos señala insistentemente la insuficiencia de los conocimientos y nombra a sus aportes como incompletos y fragmentarios, marcando un límite en la teoría. Límite que será luego el inicio de un desarrollo, donde lo

femenino se ubicará lógicamente en el polo de lo indefinible. Nada puede decirse si no es a través de rodeos que terminan en impases: ningún predicado le basta.

Me animo a decir que es desde este límite donde Freud se ubica, cuando al terminar la conferencia XXXIII, escribe la famosa frase:

“Si ustedes quieren saber más acerca de la feminidad, inquieran a sus propias experiencias de vida, o diríjense a los poetas, o aguarden hasta que la ciencia pueda darles una información más profunda y mejor entramada”

Que los poetas pueden enseñarnos sobre la feminidad es algo que quienes practicamos el psicoanálisis tenemos presente, ya que intentamos realizar el mismo trabajo: bordear el abismo donde faltan las palabras.

Sin embargo en relación a la ciencia, lo que Freud no consideró, es que tiene sus límites.

La ciencia se queda sin recursos para determinar sin ambigüedades a qué sexo adscribe cada ser hablante.

Pero en lo que me interesa especialmente detenerme es en la primera de las indicaciones, ahí donde Freud nos dice “Inquieran a sus propias experiencias de vida”, ¿qué se pone en juego en la experiencia misma?

¿Qué desea una mujer?

Pregunta realizada a la princesa Marie Bonaparte, quien cayó en la anacrónica creencia de tener que corregir su cuerpo mediante intervenciones quirúrgicas para poder, ilusoriamente, acercarse a lo femenino.

Sin respuestas, Freud exhorta a sus colegas analistas a esclarecer -desde el trabajo de sus propias experiencias como analistas- al respecto de las particularidades de la sexualidad femenina. De este modo, las distintas reflexiones freudianas fueron acompañadas por las de sus discípulas que intentaban validar, ampliar o refutar sus formulaciones.

Lou Andreas Salomé, Karen Horney, Helen Deutch y Melanie Klein, entre otras, tomaron el guante del desafío y comenzaron a producir trabajos teóricos para intentar dar alguna respuesta. Muchos de los aportes de estas autoras, surgieron de la teorización de sus propias experiencias realizando, en algunos casos, una autobiografía en sus producciones teóricas de las cuales se desprendió aún más confusión:

La evolución de la libido en etapas con su ponderación de la madurez genital, el desplazamiento del complejo de castración hacia la frustración de la relación madre-hijo, el imperio del cuerpo materno como sede única de los fantasmas originarios y la indistinción entre mujer y madre al respecto de la sexualidad femenina, son algunos de los deslizamientos conceptuales que se pueden ubicar en el desarrollo teórico de las analistas postfreudianas, los cuales desembocaron en una tendencia normativa de la feminidad.

Lacan por su parte denuncia el desvío de la teoría preguntándose qué tan condicionante puede resultar la doctrina, y describe el problema como “un callejón sin salida científico en la manera de abordar lo real... sin embargo (dice) no hay que olvidar que el método nació de un callejón sin salida semejante”

Pero no tuvo mayor suerte. Aunque en los seminarios que anteceden a Encore se puede entrever el interés de Lacan por los aportes de las mujeres analistas y las mujeres miembros del MLF a la teoría sexual, ese intercambio no fue a buen puerto

Intentando avanzar en la problemática y sin estar satisfecho respecto de las preguntas y las conclusiones desplegadas durante varios años de seminario, Lacan retoma el tema en el congreso del cual se desprende el texto “Ideas directivas para un congreso sobre sexualidad femenina” mostrando que ya era tiempo de re actualizar el debate, siendo muchas de las propuestas allí desplegadas las que marcaron el camino hacia el establecimiento de lo femenino como el paradigma de la alteridad.

Sabemos que durante el seminario dictado en el año '73, formula que todo aquel que habla se ubica necesariamente en una de dos posibilidades lógicas respecto de la sexualidad y del goce.

De un lado: la posibilidad de inscripción universal que permite inscribir un “para todos”.

Del otro lado: la posibilidad de una inscripción que no hace ningún universal, ya que no hay excepción y no hay límite alguno, lo que fuerza a que cada cual se inscriba de un modo no-universal, no-todo, uno por uno.

La diferencia sexual se establece entre uno y otro lado de las posibilidades de inscripción para aquellos que habitamos la lengua.

Dentro de esta lógica y situándose en la parte mujer de los seres que hablan, realiza la afirmación “La mujer no –toda es”, diferenciando de este modo lo femenino de la histeria

ubicando del lado no-todo, lo indefinible más allá del Edipo, más allá de la lógica del Uno fálico, más allá de lo Universal.

A partir de esta teorización, Lacan comienza a ser interpelado desde el feminismo de la época representado por El movimiento de Liberación femenina, por “el excesivo falocentrismo en la teoría” y el desconocimiento de la existencia de dos sexos. A tal punto que luego de haber brindado una conferencia en Milán con el título “El psicoanálisis en referencia a la relación sexual”, la prensa de su tiempo publica una nota en el periódico con el título: “Para el Dr. Lacan, las damas no existen”.

No obstante, insiste.

Cito: “Este asunto de la relación sexual, si desde algún punto puede aclararse es justamente por el lado de las damas, en cuanto se trata precisamente de desbrozar el camino de la elaboración del no-todo”- y continúa diciendo-“Hay algo que da un testimonio deslumbrante de este no-todo (...) nuestras colegas, las damas analistas ¿qué nos dicen de la sexualidad femenina? – no todo. Es muy notable. Ellas no han hecho avanzar la cuestión de la sexualidad femenina”

Las críticas a este seminario surgen incluso desde adentro de la Escuela Freudiana de París. Su discípula Luce Irigaray realizó una fuerte crítica a Encore, plasmando insistentes acusaciones a la teoría falocéntrica freudo- lacaniana en su libro “Espéculo de la otra mujer”, Su enfoque en dicho libro, es la exclusión de la mujer del lenguaje mismo y a partir de allí de los más diversos aspectos de la vida, la ciencia y la teoría psicoanalítica. Ello desembocó en una intensa pelea con Lacan, quien no tardó de tildar de basura el libro de Irigaray, cortando insalvablemente de raíz cualquier interlocución que en algún momento intentó promover.

Entonces ¿Qué es posible decir al respecto de aquella experiencia a la cual nos remitía Freud en la conferencia XXIII? Pareciera que, frente al pedido de testimonio de aquello que puede decirse no-todo, algo en relación a la teoría pierde su rumbo.

No es desde la corrección de un cuerpo al que se lo cree defectuoso, como insistía Marie Bonaparte, desde donde podemos recibir alguna pista. Tampoco desde el desarrollo teórico de los post freudianos, quienes enredándose en los conceptos, condujeron a la normativización de la sexualidad. Ciertamente tampoco es desde el discurso ideológico.

Las implicancias de lo femenino no se subsumen bajo un saber formalizable dentro de las categorías del conocimiento científico, sociológico o psicoanalítico. En tanto real, no tiene nada que ver con aquello de lo cual fue soporte el conocimiento tradicional. Entonces: ¿qué se puede testimoniar de ello? Lacan nos enseña que nuestra praxis está fundada únicamente en lo que funciona como palabra y sus límites. En lo que puede decirse no-todo.

Si esa es la originalidad del discurso analítico, originalidad en tanto singularidad, pero también en tanto origen de nuestra teoría, ¿Cómo situamos, para nuestro campo, ese real irreductible en la transmisión que da cuenta sobre la no relación entre el saber y la verdad?

Lacan imputó a las damas analistas de no haber hecho avanzar la teoría, pero no solo a ellas puso en el banquillo.

En la proposición del 9 de octubre de 1967, Lacan dice, cito:

“El psicoanalista sólo se autoriza a partir de él mismo (...) Esto no excluye que la Escuela garantice que un psicoanalista surge de su formación. Ella puede hacerlo por su propia cuenta. Y el analista puede querer esa garantía, si así ocurre entonces sólo puede ir más allá: volverse responsable del progreso de la Escuela, volverse psicoanalista de su experiencia misma”

En este punto, la tarea de hacer avanzar el discurso del psicoanálisis no queda restringido ni a las damas analistas, ni a la persona de Lacan, sino a los Analistas de la Escuela, a partir de ese modo de testimoniar que constituye el pase, dando a conocer qué fue lo que lo decidió a convertirse en analista. Esta es la responsabilidad que les cupo: hacerse analistas de su experiencia misma, siendo ellos los que pueden testimoniar sobre los problemas cruciales en los puntos vivos en que se encuentran para el análisis.

Sin embargo, en su último tiempo, Lacan fue claro respecto de aquello que fracasó:

En “Un Otro falta” el 15 de enero 1980, dice:

“No espero nada de las personas, y algo del funcionamiento. Por lo tanto, es preciso que yo innove, puesto que esta Escuela, la hice mal, por haber fracasado en producir Analistas de ésta (A.E.) que estén a la altura.”

¿A la altura de qué? Entiendo que a la altura de hacer avanzar el discurso del psicoanálisis.

Quizás, poner las luces únicamente sobre lo que se comprueba o sobre lo que se nomina a partir del dispositivo del pase, quita la atención sobre la cuestión, a mi entender, la más interesante, respecto de la formación de los analistas y lo real en juego en la transmisión.

Me refiero a aquello que no se aprende en los textos, a aquellas marcas de la “experiencia” que operan como efectos de lo transmitido en un análisis, a quien está en posición de analista. Efectos que se pondrán en juego no solo en los análisis que conduzca, sino también, serán efectos por recoger en el trabajo institucional.

Tal vez, lo que nos oriente en las derivas de la transmisión, es el movimiento de tomar la palabra en la extensión, haciendo pasar los tramos de dificultad en el camino de la formación, con algunos otros, cada vez.

Patricia Saresky

Coloquio Trilce Buenos Aires 2021